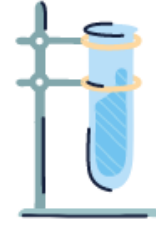


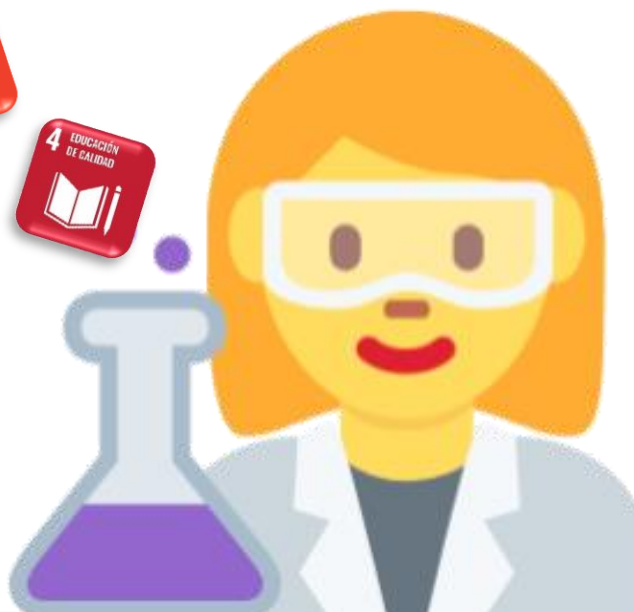
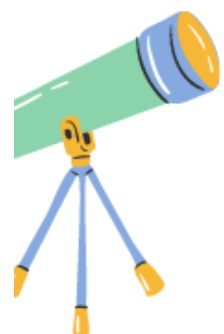
LAS NIÑAS TAMBIÉN QUIEREN SER CIENTÍFICAS.



RELATO FINALISTA

OLYMPIA

Alejandra M. G - 12 años



Marginadas y olvidadas, así era el nombre de un orfanato de niñas que se encontraba en la calle universal de Grecia. Si sólo con escuchar el nombre ya sufres por las niñas internadas en aquel orfanato, si imaginaras la historia de cada una de ellas...; en especial la de Olympia. Esta niña no era como las demás, y no hablo de que sobresaliera en las actividades sino también de su carácter, una pena que nadie lo notara.

El orfanato era dirigido por una familia que poco a poco se fue perdiendo hasta quedar únicamente una de las hijas, nombrada como directora, y trece mujeres más que se ocupaban de que aquellas niñas no tuvieran futuro ninguno. Las trataban como si no fueran nadie, a excepción de una de ellas, la más joven llamada Estela que parecía ser la única que veía a Olympia diferente.

Todas las niñas eran rebeldes e intentaban escapar de aquella tortura mientras la pequeña Olympia obedecía todas las órdenes y esperaba paciente a que algún día la tortura de dormir en el suelo y ser azotadas por las guardias acabara.

Todas las noches, Estela se ocupaba de llevar a las niñas a acostar y les decía: – Buenas noches niñas, rezar por un día mejor que hoy y peor que mañana-. Olympia obedeciendo su orden rezaba antes de dormir para salir de allí.

Al día siguiente, en la hora de comer, se sentó sola en una mesa al final de un gran comedor e inesperadamente vino Estela. Al verla venir. Olympia sonrió, ya que aparte de tratarla como se merecía, se encargaba de dar las clases de química, donde creaban experimentos y jugaban con moléculas y partículas microscópicas, la clase favorita de Olympia. La verdad no sabía por qué, pero le llamaba la atención. Estela llegó a la mesa y se sentó en una banqueta al lado de la niña:

-Olympia, ¿puedes venir un momento al aula de ciencias, por favor? La niña la miró asintiendo con la cabeza y la siguió hasta el laboratorio. Aquella le acercó una banqueta y le dio una revista:

- ¿Y no has pensado en dedicarte a esto? Le preguntó mientras le enseñaba fotos de curiosos científicos de la revista.

Olympia se quedó callada, mirando fijamente la revista, ¿un futuro para una chica interna en un orfanato? Sonaba un poco difícil.

- Si, sé que estás pensando que es difícil, pero solo tienes que salir de aquí.

-Y encontrar una familia de acogida...- le miró sin mucha fe en la idea: - Olympia, eres una chica con buenos modales ¡la mejor chica del centro! Eso sería simple y, además, no me digas que no sabes que sobresales en mi asignatura, tú sabes que podrías estudiar esto, Olympia tienes algo diferente a las demás-.

-Bueno, la idea me agrada – le dijo sacando una pequeña sonrisa- pero... ¿Cómo salgo de aquí?

-Eso es sencillo, yo te ayudaré, prepara tus cosas. Esta noche saldrás de aquí- le miró con una sonrisita malvada.

Llegó la hora de dormir y como todas las noches, Estela acostó a las niñas, menos a Olympia a la que se llevó a la puerta del orfanato mientras todas dormían.

-Llevas comida y tu ropa, intenta sobrevivir mientras que llegas a esta dirección, es la casa de un amigo donde podrás vivir hasta que encuentres un trabajo, ahora corre...- le dio un abrazo y sí, Olympia estaba asustada, era de noche y nunca había visto la ciudad.

¿Quién diría que llegaría a la dirección de aquel amigo en menos de una semana? ¿Sería por la brújula? Bueno fuera por este extraño artefacto o no, el caso es que llegó.

Al llegar se plantó delante de la puerta. La verdad, la ciudad era demasiado bonita como para que estuviera esa casa tan fea, pero no se podía quejar, demasiado era que le dejaran vivir ahí. Suspiró y llamó al timbre.

Unos minutos después apareció un chico, le hizo pasar y le explicó que al día siguiente tendría que asistir a la universidad pues le había conseguido una beca para trabajar en el área de ciencias.

Por la mañana se levantó y se subió en un taxi que la llevó hacia la universidad, en la que estudió 6 años y consiguió un trabajo en un laboratorio donde le pagaban bastante bien.

Ya había cumplido 26 y tenía una carrera, un trabajo, su propia casa y un coche y todo gracias a Estela, así que decidió ir a visitarla. De camino al orfanato pasó por el cementerio con el coche y vio al amigo de Estela; así que por curiosidad bajó del coche. ¿Qué hacía allí con un ramo de flores? ¿Se habría muerto algún familiar?

-Hola

-Olympia, qué sorpresa, cuánto tiempo que no te veo, cómo has crecido- le dio un abrazo entusiasmado.

-Sí...pero, ¿qué haces tú aquí? – le preguntó curiosa.

-Se ha muerto Estela - le dijo mientras le caía una lágrima por las mejillas.

-No puede ser, iba ahora mismo a visitarla al orfanato cuando he pasado por aquí- él la miró y le afirmó con un gesto.

- ¿Pero, cómo?-le dijo ella a punto de llorar,

-Hace un año le diagnosticaron cáncer y la ingresaron en el hospital de la ciudad y anoche nos dejó-.

Olympia no lo podía creer, hace unos días que se había muerto Estela y todavía seguía pensando que le debía mucho.

Una mañana en el laboratorio mientras que pasaba por el microscopio cloruro de sodio pensó: -ha muerto por cáncer... ¡podría crear una cura! La idea no era mala, pero si difícil. Había estudiado la carrera, igual sí que podía obtener una cura o algún remedio a la enfermedad.

Esa misma noche, Olympia no pegó ojo y a partir de esa ninguna más, pues se pasaba la noche buscando información sobre la enfermedad y descubriendo partículas con las que podría crear una cura.

Años después lo consiguió. Habló con el centro médico para poder ponerla a prueba, y sí era muy leve pero funcionó.

Después de probar con animales los padres de una niña con cáncer accedieron al tratamiento y fue increíble. A las semanas no le rastrearón nada del cáncer. Olympia se sintió agradecida por Estela, ya que gracias a ella miles de personas no morirían. En su honor decidió llamarle Esteldibrina. Fue el primer humano en crear una cura para esta enfermedad. Se volvió famosa y acudió a otros países a presentar la cura y aparte de volverse rica se llevó el honor de ser una mujer científica.

